

LA FRACTURA ES LO ÚNICO NECESARIO

The only thing we need is a breakdown

Jacqueline Calderón Hinojosa

Fac. Filosofía y Letras, UNAM
y Círculo Psicoanalítico Mexicano
<https://orcid.org/0000-0001-8849-273X>

“Era mejor verse arrastrado a una catástrofe repentina
y total que carcomido por el cáncer de la imaginación”
El templo del alba, Yukio Mishima

En *Realismo Capitalista* (2016), el filósofo británico Mark Fisher rastrea una serie de contradicciones inherentes al capitalismo cuya característica principal consiste en apelar a un supuesto “orden natural”, el cual, imprime un carácter de necesidad a fenómenos sobre los que más valdría cuestionarse su pretendida inevitabilidad. Tomando como referencia lo Real lacaniano, Fisher considera que eso Real que debe ser reprimido por la realidad, y que este sistema lleva a cabo con suma agilidad, es evidenciado, pero también susceptible de ser combatido, a partir de estas “aporías”. Una forma de implementar estrategias que apunten a un futuro postcapitalista, consiste en sacar a la luz aquello que pulsa de manera “invisible” dentro del capitalismo y de lo cual sólo tenemos registro inmediato a partir de sus efectos. Por lo anterior, la urgente politización de lo que ha sido, en aras del ocultamiento, despolitizado, constituye una maniobra fundamental para hacer frente a este sistema.

Fisher acuña la expresión “realismo capitalista” para referirse a la idea muy bien difundida e introyectada de que “el capitalismo no

sólo es el único sistema económico viable, sino que es imposible incluso imaginarle una alternativa” (Fisher, 2016, p. 22). Sin embargo, para que la cancelación del futuro tenga lugar, ha sido necesario entender este orden ideológico capitalista como si de un orden natural se tratase. Y he ahí una de las mayores trampas en las que se suele caer: cuando la crítica a este sistema se decanta por juzgar su carácter inmoral y reprochable, lo único que logra es interpretar los efectos del capitalismo como hechos inevitables e imposibles de modificar o combatir. No hay alternativa. En esta medida, para hacer frente a los embates del capitalismo resulta urgente cuestionar la idea del supuesto “orden natural” y reconocer que aquello que se presenta siempre signado por la necesidad e inevitabilidad no es sino pura contingencia. Tal como señala Fisher (2016) “Solo puede intentarse un ataque serio al realismo capitalista si se lo exhibe como incoherente o indefendible; en otras palabras, si el ostensible «realismo» del capitalismo muestra ser todo lo contrario de lo que dice” (p. 42). He ahí la razón por la que Fisher se dedicó insistentemente en explorar estas aporías propias del capitalismo.

De las múltiples aporías que Fisher identifica, tales como el problema ecológico, la burocratización y la salud mental, es esta última a la que dedicó particular atención y de la que, en diversos textos donde se entrelazan la reflexión filosófica y la experiencia personal, cuestiona el trato que las afecciones anímicas han recibido tanto a nivel individual como institucional. Ciertamente, al conducirse de acuerdo con la lógica de la represión (esfuerzo de desalojo), ese Real suprimido, vacío traumático e irrepresentable, deja su rastro en forma de fracturas e inconsistencias que atraviesan a los sujetos sin que estos sean si quiera capaces de imputar agencia alguna a cualquier otro u otros que no sean ellos mismos, sin darse cuenta de que la enfermedad que los aqueja es, precisamente, un exceso de realidad. Dado lo anterior, “lo que necesitamos ahora es una politización de aquellos desórdenes en apariencia mucho más «normales»” (Fisher, 2016, p. 45), esto es, la salud mental no puede ni debe permanecer como un asunto exclusivo del dominio individual, ni en lo que respecta a su origen ni en su pretendida resolución. Así, la dificultad principal en este rubro reside en que la privatización de dichos proble-

mas atribuye cualquier tipo de “desbarajuste” a “malfuncionamientos” de orden fisiológicos –desajustes a nivel de química cerebral– o bien, a las dinámicas familiares que, por supuesto, son percibidas como dinámicas cerradas en sí mismas y ajenas al orden social. Al apuntalarse en una comprensión reduccionista de los sujetos y la realidad, este abordaje excluye cualquier elemento político al origen del malestar.

Es importante señalar que tanto Mark Fisher como Matt Colquhoun –quien en su último libro *Narcissus in Bloom* también aborda la aporía de la salud mental– continúan una tradición filosófica y política que, parafraseando a Herbert Marcuse, buscaba ser realista y pedir lo imposible. Por supuesto, salta inmediatamente a la vista, por mucho que en ocasiones nos neguemos a reconocerlo, un telón de fondo marxista que, aun con la caída del bloque socialista y la subsecuente decepción que ello generó, ha procurado sostenerse pese a la franca traición en la que un sector importante de la izquierda ha incurrido cada vez que la tesis 11 sobre Feuerbach es evocada. Si, en efecto, los filósofos se han encargado restrictivamente de interpretar en vez de transformar el mundo, ello no es una invitación para ciegamente levantarse en armas y “hacer caer” –a través de una supuesta acción directa– este sistema. La literalidad con la que dicha tesis ha sido recuperada, consciente o inconscientemente, por las *políticas folk*, les ha impedido percatarse de que el supuesto “anticapitalismo” del que se ufanan está perfectamente difundido en el interior de este sistema, y tal como ironiza Fisher (2016), “las protestas anticapitalistas se han convertido en una especie de carnalesco ruido de fondo para el realismo capitalista” (p. 38). Por otra parte, los partidarios de este sistema capitalista insisten en atribuir toda responsabilidad respecto a su malestar a los individuos; su descontento es única y exclusivamente privado y, por ende, los problemas anímicos atañen única y exclusivamente a quienes los padecen. Esta forma de comprender la enfermedad mental toma a la “realidad” como algo dado y “neutral” que poca o nula injerencia tiene sobre padecimientos individuales. El mundo ha sido, es y será siempre igual, y no sólo su transformación es imposible, sino que, quien no logre subordinarse a su lógica, es un ser que atenta contra la humanidad y que merece vivir en el ostracismo.

Lamentablemente, la demanda “subversiva” proveniente de los llamados sectores anticapitalistas no es menos cruenta con los sujetos a quienes incita a la búsqueda de “alternativas” que, la más de las veces, apuntan a la adopción de posturas reaccionarias obsesionadas con un supuesto regreso a estadios presuntamente originarios y anteriores a toda lógica capitalista. Desde esta perspectiva, el sujeto es una víctima a merced de los problemas estructurales que, claramente, lo superan. No hay alternativa. Cualquier posibilidad de concebir una realidad distinta queda obturada.

En este tenor, quizás sea necesario, así como Sartre pretendió, comprender ese vínculo entre el individuo (ser-para-sí) y el mundo (ser-en-sí) como un vínculo siempre atravesado por el prójimo y nuestro ser-para-otro. Matt Colquhoun no se aleja de ese intento sartreano cada vez que su análisis de la realidad continúa y profundiza en esta aporía del realismo capitalista que Fisher exploró con insistencia, no sólo desde sus primeros escritos, sino desde su experiencia personal. En *Narcissus in Bloom*, Matt Colquhoun nos propone resignificar lo que, sin temor a exagerar, se erige como la patología por antonomasia de nuestra época actual: el narcisismo. Colquhoun, al reconocer la veta social que implica esta “enfermedad”, apuesta por explorar otras alternativas que hagan frente a los embates de este sistema. El narcisismo, tanto para Colquhoun como para el mismo psicoanálisis, nos exhorta a pensar sobre nuestro vínculo con la realidad siempre atravesado por nuestro vínculo con los demás.

Al reflexionar sobre las revueltas sociales como la del *Black Lives Matter*, Colquhoun trae a la luz esa parte del narcisismo que se dirige con anhelo hacia la transformación por vía de la autodestrucción; el renacimiento sólo es posible a condición de una muerte previa. Esta es la parte del mito de Narciso que para Colquhoun ha pasado inadvertida, pero en la que se concentra buena parte de su fuerza política: el surgimiento de lo nuevo que se abre paso gracias a la muerte. Así, el narcisismo se reconfigura como una dolencia de carácter mucho más positivo y creativo en virtud de su tendencia hacia la muerte, la transformación y el

renacimiento. Para Colquhoun, lo anterior queda perfectamente ejemplificado con el mito que da nombre a la afección. Narciso encuentra alivio a su desdichada existencia (desdichada incluso antes de ser arrojado por su propio reflejo) en su muerte para, así, renacer sin el dolor que el aislamiento infligido por la misma sociedad le provocó debido a su intimidante belleza. Esta recuperación del mito de Narciso posibilita una aprehensión distinta también de los llamados “narcisistas”, pues, a diferencia de otras “enfermedades”, el narcisismo apenas despierta sentimientos de empatía en quienes interactúan con el sujeto “enfermo”. Resulta incluso difícil imaginar que alguien “padece” dicha afección, o bien, considerarla si quiera como una “dolencia”. Así, pues, Matt Colquhoun explora la injerencia del arte en los procesos de subjetivación y autorepresentación para proponer una interpretación distinta que se aleja del típico juicio, ansioso de colocar a nuestros autoretratos contemporáneos, las *selfies*, como una expresión egoísta y ensimismada propia de aquellas personas que profesan un excesivo interés en sí mismas. Por el contrario, la autorepresentación es una forma de apropiación de sí, del propio reflejo y de la *mirada* de los otros. La *selfie* expresa un modo particular de constitución subjetiva atravesada por la muerte y con miras a la (auto)transformación.

Sin embargo, aunque en *Narcissus in Bloom* Colquhoun revisa apresuradamente lo que Sigmund Freud (que no la teoría psicoanalítica en general) escribió en 1914 sobre el narcisismo, una lectura más puntual de *Introducción del narcisismo* y un acercamiento a la propuesta alrededor del narcisismo como la del psicoanalista Igor Caruso quien, de franca veta marxista, reconoció la injerencia de los procesos sociales en la constitución del sujeto, no necesariamente se excluye de la reflexión que desarrolla Colquhoun en su obra. Y si bien una de las críticas que con mayor insistencia se esgrime en contra del psicoanálisis es la de caer en abstracciones despolitizantes – justo como la que Fisher, vía Slavoj Žižek y Alenka Zupančič, dirige en contra del principio de realidad¹– Caruso, como adepto a la teoría marxista, no ignoró el papel que la rea-

1 Esta crítica ya podía leerse desde el propio psicoanálisis en textos como “Más allá del principio de realidad” que Jacques Lacan presenta en 1939. *Vid.* Lacan, J. *Escritos I*. Siglo XXI.

lidad social juega en la constitución subjetiva. Para este psicoanalista, el narcisismo, lejos de remitirnos a una categoría patologizante, ocupa un lugar fundamental en la vida de los individuos, por lo que se vuelve urgente ponderar su trascendencia en el ámbito político.

Caruso, a diferencia de Freud, explicita el carácter político del psicoanálisis y en *Narcisismo y socialización* analiza el impacto que la sociedad tiene para la constitución subjetiva, signada esta por el tránsito por el narcisismo. Al considerar el narcisismo como el estadio más profundo del amor, este será el que determine nuestras posteriores relaciones, pues, “todo lo que experimentamos en el curso de nuestro desarrollo deja huellas en nosotros” (Caruso, 2016, p.9). Por lo tanto, la existencia de vestigios de amor narcisista no sólo es innegable, sino necesaria, “porque el amor, para poder evolucionar y volverse altruismo, ternura y solidaridad, necesita tener primero una base firme que es el llamado «narcisismo»” (p. 9). El amor a sí mismo se torna la medida de todo amor susceptible de ser dirigido por el individuo hacia los demás. Cuando el amor no puede ir más allá de sí, es decir, cuando se concentra y queda atrapado en sí mismo, se evidencia un estado patológico que genera un profundo malestar en los sujetos. De hecho, Freud en *Introducción del narcisismo* señala que es necesario que ese amor pueda ir más allá de sí y dirigirse hacia otros objetos con la finalidad de no enfermar. Lejos de tratarse de una patología, el narcisismo es un estado transitorio necesario por el cual atraviesan los sujetos y que, según las *condiciones* y modos en que se haya atravesado, devendrá, o no, en un amor capaz de dirigirse hacia el mundo. La consecuencia de no transitar por este estado de manera óptima, señala Caruso, resulta en una perturbación más profunda que le impide al sujeto ser capaz de libidinizar el mundo y a quienes lo habitan.

La evolución hacia el mundo es la evolución hacia la persona (Yo); primero hacia la madre, en tanto elemento separado, pero gradualmente hacia los otros. El narcisismo es un tránsito activo que no se cierra ni agota en sí mismo, y gracias a lo que desde el psicoanálisis se denomina como *narcisismo primario* “los propios deseos y sensaciones se atribuyen

al otro y gradualmente van siendo entendidos en él, y a la inversa, los deseos y sensaciones del otro van siendo sentidos y entendidos como propios” (Caruso, 2016, p. 14). El narcisismo primario, dirá Caruso, es una “escuela de la vida” dado que el amor a sí mismo marca la pauta de cómo será el amor al prójimo. Sin embargo, desde la comprensión marxista de Caruso, este estadio no inicia con el nacimiento, sino que viene dado desde antes, entendiendo que el neonato es resultado de la concepción de dos personas inmersas en una sociedad y, por lo tanto, su existencia se encuentra ya condicionada por la “realidad” aun antes de nacer. En síntesis, el narcisismo entraña la necesidad de vínculo con el otro, lo que lo vuelve un amor microsociedad.

En contraste con este narcisismo primario, existe otro narcisismo, propiamente “patológico” al que se denomina como “secundario”. Se trata de una suerte de mecanismo de defensa que consiste en un intento de retorno hacia ese momento diádico (e idílico) que lucha por una (*nueva*) formación del propio yo y las relaciones con el mundo. Con sus debidas reservas, es probable que sea a este narcisismo secundario al que con tanta ligereza se alude cada que se pretende clasificar a los sujetos.

Ciertamente, el Yo es una formación relativamente tardía, pero quizás no sólo en términos individuales, sino históricos. Tan sólo hay que pensar en aquellas civilizaciones donde sobre el Yo se encuentra una organización más determinada por la constitución de un Nosotros, pero también basta con pensar en la tardía introducción en el lenguaje de la partícula “yo”, nos referimos al empleo lingüístico del pronombre personal “yo”, y tal como apunta Caruso (2016), “el yo-nosotros, filogenética y socialmente más antiguo, es *dominado y reprimido* por nuestra cultura con su estructura de poder” (p. 79). Tal parece, si retomamos lo que Fisher desarrolla en torno a las aporías del capitalismo, que ese mismo yo-nosotros adviene parte de aquello que más valdría conservar suprimido e irrepresentable. Así, la relevancia que el psicoanálisis adquiere para Caruso descansa en que este adviene precisamente «la ciencia de aquellas estructuras y mecanismos psíquicos que forman, como quien dice, “pasos intermedios” de la Historia (o sea la historia universal) a la

historia del individuo». De modo que ni las problemáticas individuales, acaso privadas, se pueden explicar sin más a partir de bases socioeconómicas, como tampoco es lícito pensar que de las situaciones particulares se puedan sacar conclusiones acerca de la miseria social.

La apuesta de Colquhoun y de Fisher posibilita una escucha diferente de esta afección y de lo que sucede con aquellos sujetos que, en efecto, la padecen. En lo que respecta particularmente al psicoanálisis, la idea misma de “realismo capitalista” nos obliga a cuestionarnos sobre aquello que abstracta y apolíticamente se ha denominado como “principio de realidad”. Y si bien es cierto que diversos analistas se han preocupado por la politización de su escucha, si la escucha viene desde ese “No hay otra alternativa”, el potencial subversivo de esta práctica se encuentra destinado al fracaso.

REFERENCIAS

- Caruso, I. (2016). *Narcisismo y socialización*. Siglo XXI.
Fisher, M. (2016). *Realismo Capitalista*. Caja Negra.